TREINTA AÑOS DE LA REVISTA ESTUDIOS: UN FESTEJO DE ÉPOCA

*Juan Carlos Geneyro**

Festejar aniversarios de emprendimientos o producciones colectivas conlleva siempre la concurrencia de recuerdos, el atesoramiento de legados y también la oportunidad de adoptar orientaciones para emprender con ánimo renovado lo por venir, lo por hacer. Sin duda, este es el caso de la Revista *Estudios*, que cumple sus 30 primeros años de existencia. Como un manantial que se renueva constantemente y al mismo tiempo afianza la identidad clara y distinta de su fluir, este aniversario de la Revista convoca recuerdos de una gesta cultural que tuvo y tiene actores interesados, convencidos y entusiasmados por contribuir en la producción y difusión de la cultura en general y de las humanidades en lo particular. Una gesta institucional llevada adelante por el Departamento de Estudios Generales del ITAM, que preserva el valor del legado humanístico, desde su génesis siempre ávido de conocimientos, de diálogo, también de debate y polémica para ampliar las perspectivas del mirar, del discurrir, del proyectar y del obrar humanos. Basta recordar la advertencia que formula Giovanni Pico della Mirandola en su *Oratio de hominis dignitate* con base en el legado de Aristóteles: “Es verdaderamente de mente estrecha encerrarse en una sola escuela, en el Pórtico o en la Academia. No puede elegir con acierto entre ellas la suya propia quien primero no se haya familiarizado con todas”; así como

7

*Profesor Titular Consulto de la Universidad Nacional de Lanús, Argentina, y Miembro de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), Argentina. Juan Carlos Geneyro fue Profesor Numerario del Departamento de Estudios Generales del ITAM y secretario de redacción de *Estudios*

también el cierre de su discurso, invitando a sus interlocutores a la polémica con un “augurio fausto y feliz”.¹ Una advertencia y una invitación nada desdeñables para renovar el ánimo y la proyección del porvenir de la Revista *Estudios*.

Desde mi punto de vista, no puede entenderse plenamente el origen y el desarrollo histórico de la Revista sin el contexto y la referencia de sentido que ha otorgado el ITAM al Departamento de Estudios Generales dentro de su proyecto institucional. Como lo apunté en un texto para *Estudios*, en un número de aniversario que hizo homenaje a quien fuera su director por muchos años, Julián Meza (en el que consigné también un reconocimiento a Alberto Sauret), el papel del Departamento en el proceso de formación profesional de las carreras de la institución favorece en ellas una originalidad *clara y distinta*, para decirlo en términos de Descartes. Los cursos que imparte el Departamento, comunes y obligatorios para los estudiantes de todas las carreras, ostentan un ánimo humanístico que pretende incidir en las perspectivas del análisis y del hacer de cada profesional que forma el ITAM, contribuyendo con los programas curriculares profesionales de las respectivas carreras. Sus cursos de Ideas e Instituciones Políticas y Sociales, los de Problemas de la Civilización Contemporánea, así como los referidos a la historia de México, su situación actual y sus desafíos, a los que deben agregarse cursos electivos que se ofrecen para los estudiantes de la distintas carreras, conforman un acervo de contenidos humanísticos nada desdeñable. Entre otros, temas de Filosofía, Ética política, pedagogía, historia, sociología, economía, literatura, así como de otras ciencias humanas y sociales, vertebran la trama epistémica de dicho acervo.

También hay que decir que el método dialógico adoptado para abordar con los estudiantes dichos contenidos responde al mismo ánimo humanístico; máxime si se tiene en cuenta que en los grupos o comisiones de cada curso concurren estudiantes de diversas carreras, lo que añade una mayor riqueza a los análisis y los diálogos con el docente y entre ellos mismos. Por eso apuntaba en mi texto que, habiendo

¹ Giovanni Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, 2008, Bs. As., Winograd, estudio preliminar, traducción y notas de Silvia Magnavacca, p. 251.

conocido numerosos planes de estudios para la formación universitaria de numerosas universidades, públicas y privadas, no abundan propuestas curriculares para la formación profesional de licenciatura que tengan los atributos que poseen los planes de estudios del ITAM. Atributos que, sin desmerecer la formación profesional específica brindada por las distintas carreras —con prestigios bien ganados— constituyen un valioso aporte del Departamento a la formación profesional de todas y cada una de ellas. Todo esto viene a cuenta para una mejor comprensión de la gesta cultural que emprendió el Departamento cuando decidió editar la Revista *Estudios*.

Quienes participamos de la tarea educativa tenemos algunos importantes desafíos para atender desde nuestra vocación y nuestro trabajo. No quiero aquí solo identificar aquellos que vienen de larga data y que socavan la expresión en plenitud de los valores de libertad, de igualdad, de justicia y solidaridad. Nuestras historias de vida tienen sin duda múltiples vivencias pasadas y actuales, que pueden otorgar sentido y referencia a tal afirmación. Es indudable que la educación y sus actores cotidianos deben estar siempre implicados en convocatorias y procesos sociales orientados al abatimiento de aquellas condiciones que condenan a muchos niños, jóvenes y adultos a múltiples privaciones y carencias, a toda inseguridad prospectiva. Claro que su quehacer debería estar orientado a favorecer aquellas condiciones políticas, económicas y culturales que aseguren a todos y cada uno la disposición de bienes materiales y culturales que permiten vivir con dignidad, exentos de padecer *dependencias ilegítimas*, para decirlo en términos de Émile Durkheim. Dicho esto, quiero enunciar aquí algunos otros desafíos, más en consonancia con el propósito que alienta este escrito, que tampoco son menores en cuanto a la atención que demandan de nuestra parte. Vienen a cuenta por los nuevos lenguajes que genera el desarrollo de las tecnologías de la información, de la imagen y del sonido, así como su impacto en múltiples instancias de los procesos productivos y en distintos ámbitos sociales, especialmente en los educativos. A ello se suma la particular apropiación por parte de niños y jóvenes, especialmente de quienes pueden tener acceso a los medios y recursos que posibili-

tan su disposición y uso. Esta apropiación conduce a nuevas formas de relaciones interpersonales y comunicacionales, así como las que mantienen con los conocimientos y la cultura en general; de ello se derivan llamados de atención a nuestro quehacer educativo: por un lado, los nuevos lenguajes conllevan otras formas potenciales de analfabetismo, como también las del llamado analfabetismo funcional, que demanda a los procesos formativos la inclusión de aquellos saberes que permitan hacerse de dichas tecnologías y de su frecuente actualización; inclusión que no basta con algún uso ocasional de uno u otro recurso de esas tecnologías, sino que requiere su incorporación e interrelación con las distintas actividades del proceso de formación que se trate. Por otro, las clásicas instancias y recursos del proceso educativo en sus distintos niveles no son ya suficientes ni tampoco son por sí mismas muy eficientes para sus propósitos de formación. Formar para aprender por sí mismos no puede realizarse sólo desde la clásica relación presencial maestro-alumno. Tampoco el espacio áulico es el ámbito excluyente y principal para procesos de configuración de la autonomía en cuanto al acceso, disposición y uso de los conocimientos y habilidades específicos de cada campo disciplinar o profesional. Pero tampoco lo garantiza únicamente la disposición y uso de las nuevas tecnologías y medios respectivos; las relaciones interpersonales propias de los ámbitos educativos, los diálogos y las lecturas, así como la escritura como medio de expresión personal, no deben quedar desatendidos ni depreciados, porque ello atenta contra la calidad de vida personal y social. Este es otro de los desafíos que convoca a repensar nuestro quehacer. En otras palabras, al mismo tiempo que no debemos soslayar en los trayectos educativos que emprendemos con niños y jóvenes sus nuevos mundos de vida, en buena medida producto del avance cotidiano y sostenido de las nuevas tecnologías de la información y “comunicación”, así como de los cambios culturales y las nuevas configuraciones mentales y axiológicas que orientan buena parte de sus actividades e intereses inmediatos, tampoco debemos soslayar la importancia de afianzar con ellos su dominio y uso del lenguaje. Un dominio que es esencial para su identidad y autonomía personal; también, sin duda, para la convivencia social. Tiene razón Wittgstein cuando apunta que los límites del lenguaje establecen en buena medida los límites del propio mundo.

El Renacimiento, que fue un abono sustancial para la génesis del humanismo, como también el desarrollo de medios y recursos técnicos para la impresión y divulgación de obras culturales y producciones científicas, contribuyeron a que la lectura fuese una actividad indispensable para la formación personal, y luego también para un ejercicio pleno de la ciudadanía. El dominio de la propia lengua en sus expresiones escritas y orales, como condición de ciudadanía, fue una encomienda principal para la educación en el desarrollo de las naciones en la Modernidad, sea mediante la acción estatal, sea por la acción privada. Fue también, y cada vez más, un medio indispensable para acceder a procesos de formación profesional específica. Ser analfabeto implicaba quedar excluido de muchas actividades y estar privado de bienes materiales y simbólicos indispensables para una vida digna, condiciones igualmente necesarias para proyectar, con una aceptable certidumbre, la vida futura. Nuestras historias patrias muestran cómo los procesos emancipatorios y el afianzamiento de los Estados nacionales concibieron la educación como una vía principal para producir el giro de súbdito a ciudadano en sus habitantes. El dominio de la lengua vernácula fue condición de ciudadanía plena y también recurso indispensable para acceder a conocimientos y destrezas específicas que aseguraban un trabajo calificado. Ciudadanía, libertad y autonomía son difíciles de concebir sin educación y sin un trabajo estable bien pago. Muy avanzado el siglo XX, pudieron atemperarse los elevados porcentajes de analfabetismo y mucho antes de la irrupción de los medios audiovisuales de comunicación masiva, el dominio de la lengua favoreció que la lectura también fuera un medio principal de información y recreación. Hay que recordar que el paso de la lectura pública a la lectura privada en los ámbitos educativos de las postrimerías de la época medieval, así como las mayores posibilidades para la gente común de acceder a la lectura de pocas páginas impresas, portadoras de noticias, romances y canciones populares en los albores del mundo moderno, fue la vía que abrió la posibilidad de leer, pensar y analizar por sí mismo, como también fue ejercicio indispensable para una subjetividad más plena.²

²Al respecto puede consultarse la obra de G. Cavallo y R. Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, 2006, México, Santillana; D. Finkelstein y A. MacCleery, *Una introducción a la historia del libro*, 2014, Bs. As., Paidós, especialmente la parte 2, “De la oralidad

Por bastante tiempo la lectura de libros y revistas tuvo una amplia incidencia en los procesos educativos y en otros ámbitos de socialización cultural de niños y jóvenes. Creo que hoy la difusión y el uso de las nuevas tecnologías de la información, la comunicación y la recreación, que se agregan a la televisión, en particular Internet, ha disminuido bastante la lectura de textos impresos, sean libros o revistas de conocimientos científicos y técnicos, sean de otras producciones culturales, en particular las literarias, que han sido portadoras de ese ánimo humanístico que antes mencionaba. John Dewey alertó muy tempranamente en una de sus obras, *Libertad y Cultura*, sobre los riesgos de depender principalmente de los medios masivos de comunicación para estar informados, dado que en buena medida ellos generaban “una producción en masa de opinión”. Algo similar advertía antes Nietzsche, cuando en una de sus *Intempestivas* apuntó que “la opinión pública es el albergue de las perezas privadas”. Creo que nuestro quehacer no puede dejar de prestar atención a las posibles consecuencias de usos intensivos e irreflexivos de tales recursos tecnológicos; la educación requiere incorporar, disponer y usar los mismos con pertinencia, reflexividad y siempre en interacción con otras producciones culturales, científicas y técnicas que requieren del dominio oral y escrito del lenguaje compartido con los demás. Lenguaje común donde se asienta la intersubjetividad y la vida social misma.

Por todo lo expuesto, los treinta años de la Revista *Estudios* constituyen para mí un festejo de época. Por eso, también expreso mis deseos para que por medio de quienes asumen hoy la gesta de sostenerla y especialmente los profesores del Departamento de Estudios Generales del ITAM, se redoblen esfuerzos para llegar a las juventudes que se forman en el ITAM y en otras universidades del México y de nuestra América Latina.

a la escritura” y la 3, “La aparición de la imprenta”. También E. Garín, *La educación en Europa. 1400-1600. Problemas y Programas*, 1987, Barcelona, Crítica; por último, F. Rico, “Humanismo y Ética”, en V. Camps (ed.), *Historia de la Ética*, 1988, Barcelona, Crítica, t. I, pp. 507-40.